

LOS VERICUETOS CAMBIANTES DEL ORDEN INTERNACIONAL

David Ibarra
25 de septiembre de 2003

La primera mitad del siglo pasado atestiguó la desaparición del colonialismo y el derrumbe de algunos regímenes totalitarios. El número de naciones soberanas pasó de 45 a casi 200 entre 1945 y la actualidad. Las ideas dominantes llevaron a crear un numeroso grupo de estados cuya condición de membresía en la comunidad de naciones era la de responsabilizarse del orden interno y de su desarrollo.

Nacionalismo y programación social desde el Estado, se postularon como la vía liberalizadora del desarrollo de las antiguas colonias y, en general, del mundo periférico. El orden mundial de la época, necesitaba de estados legítimos, con capacidad de mantener el orden y buscar el bienestar de sus países. De otro lado, los posibles conflictos entre naciones, sobre todo entre las superpotencias, lleva a formar el Consejo de Seguridad como el órgano político supremo de las Naciones Unidas y garante de la seguridad colectiva internacional, donde el veto de sus cinco miembros permanentes sirvió de barrera al predominio de uno u otro de los grandes bloques que dividían al mundo. A su vez, la pugna competitiva de la Guerra Fría llevada al Tercer Mundo, multiplica tanto los apoyos al desarrollo como las libertades de los gobiernos para conducir los asuntos económicos y sociales de sus países dentro de estilos típicamente keynesianos.

Esa visión impulsa el desarrollo histórico más intenso de la periferia. Con todo, los paradigmas económicos y políticos, en tanto construcciones ideológicas que inevitablemente reflejan la racionalización de los intereses, así como los consensos de académicos del Primer Mundo, no son, ni podrían ser inmutables.

Por su medio, se intenta normar desde el centro el comportamiento de las naciones periféricas, estableciendo las condiciones a su incorporación a la comunidad internacional. Hay estímulos y sanciones que se expresan desde accesos a los mercados industriales hasta alianzas u ostracismos políticos.

Las relaciones de dependencia no necesitan que una sociedad sea colonia de otra para sufrir soberanía limitada, ni la soberanía plena depende de disponer de un asiento en la Organización de las Naciones Unidas. Mientras el Primer Mundo conserve el poder económico, político y militar y sus instituciones generen las ideas rectoras, elaboren las tecnologías, los productos de avanzada y determinen las reglas del orden internacional, los países periféricos podrán tener algún margen de maniobra, sin dejar de estar por ello subordinados. Por lo demás, los relatos de emancipación de estos últimos suelen ser tesis de integración, no de separación, son historias de pueblos excluidos del núcleo principal de naciones que luchan por incorporarse al mismo. De ahí la enorme fuerza integradora de los paradigmas universales.

En la segunda mitad del siglo XX, las mudanzas de las economías y las sociedades industriales se aceleran. Las fuerzas de la producción y el comercio transfronterizos crean interdependencias entre países que tropiezan con los resguardos propios de las soberanías nacionales. A la vez, surgen actores privados o semipúblicos que hacen palidecer al poder de los gobiernos nacionales. Al propio tiempo, el derrumbe de los países socialistas se torna en otro elemento central del cambio de realidades y paradigmas al cancelar la bifurcación de los planteamientos ideológicos de los primeros años de la posguerra.

La desaparición de la bipolaridad en el mundo y las nuevas realidades económicas universales, demandan reformulaciones paradigmáticas importantísimas en el orden internacional. El libre cambio exige la abolición de las fronteras y la unificación convergente de las políticas económicas nacionales a fin de garantizar la seguridad del comercio, la producción y de los flujos de inversión extranjera de los centros mundiales.

De ahí el énfasis en desregular, abrir las fronteras, suprimir la participación de los estados en la producción, elevar la estabilidad de precios a objetivo central de los gobiernos. La antigua preocupación por el bienestar interno de los países y el crecimiento, cede el paso a los imperativos de la propia globalización. A cambio de la renuncia al nacionalismo económico, se impulsa la modernización democrática y la convergencia internacional de las culturas políticas.

En ese último terreno se han dado progresos innegables reflejados en el retroceso de los regímenes autoritarios de la periferia, que sólo deja trancos la frecuente ausencia de desarrollo sostenido, o la imposibilidad de atender a las demandas de la población en términos de empleo, ingreso, seguridad o acceso a servicios sociales. En cierto grado, lo que el orden político formaliza, resulta desmantelado por los trastornos del cambio económico. Ahí se localizan las tensiones provocadas por el supuesto irrealista de la independencia entre los fenómenos económicos y los sociopolíticos, disociación necesaria cuando se quiere mantener la ilusión de soberanías nacionales intocadas por el nuevo orden internacional.

Las alteraciones en las reglas universales de conducta de los Estados, no dejan de originar serias disonancias históricas sobre todo en las naciones

periféricas. La Guerra de Irak provocó el abandono (¿transitorio?) del multilateralismo político del Consejo de Seguridad; en Africa todavía no se consolidan los estados nacionales, cuando hay que dismantelarlos en aras de la globalización. Y al poco andar el relato dominante del libre cambio y la democracia formal ve desvanecer sus promesas civilizadoras: unas frente a las desigualdades crecientes adentro y entre países; otras, ante estados formalmente democráticos y soberanos pero maniatados para atender demandas razonables de sus ciudadanos.

Las tensiones sociales asociadas al paradigma dominante ya son inocultables. Así lo atestiguan desde las crisis y los síntomas de ingobernabilidad que plagan a las zonas subdesarrolladas, las violaciones a los topes presupuestarios de los miembros de la Comunidad Europea, hasta los fracasos de las reuniones de Seattle y Cancún de la Organización Mundial del Comercio. Lo atestigua también la difusión del hambre, la pobreza y la enfermedad en vastas regiones del mundo.

Quiérase o no, la globalización y sus exigencias han cerrado las vías de acceso al mundo desarrollado que siguieron histórica y evolutivamente los nacionalismos de Alemania, Japón o de los propios Estados Unidos. Al parecer los márgenes de maniobra se han estrechado y cambiado de naturaleza. Una vía es la seguida por los países del sudeste asiático, China o la India al ser menos ortodoxos en la observancia de las reglas paradigmáticas universales; otra, consistiría en redoblar esfuerzos para alterar los paradigmas hasta hacerlos más equitativos, más proclives al desarrollo de la periferia. Con todo, las alternativas se reducen y, contra todo nacionalismo propio, parecen conducir inexorablemente a la incorporación política de los países subdesarrollados a los bloques de integración multinacional que probablemente dividirán al mundo del futuro.